

muy semejante al que en nuestros días rodea á sus sacerdotes en las grandes capitales cuando se presentan en hábito de misioneros, ó cuando, sin la reputación de eloquentes, se esfuerzan en hacer que la sencillez de su doctrina penetre en el ánimo de la muchedumbre. Las asambleas que fueron las primeras en oír los llamamientos sublimes de la doctrina cristiana, eran, sin duda algunas semejantes á la mayor parte de las que actualmente rodean á Jesucristo, que presente en su tabernáculo, vive y mora en esas iglesias ménos céntricas, en cuyo alrededor no habitan más que los pobres. Describense simplemente en muchas circunstancias por una sola palabra que caracteriza este género de asambleas: "el pueblo." Más de cuarenta veces se hace mención de ellas, ya en el Evangelio de S. Mateo, ya en el de S. Lucas, ya en singular *turba*, la multitud, el gentío, el pueblo, ya en plural, *turbæ*, las muchedumbres, los pueblos. No es de este modo como suele hablarse de los ricos.

No es ciertamente este el nombre que se daría á una reunión escogida que formara el auditorio agrupado á los piés de un orador de moda; se ofenderían las personas por tal expresión designadas. Y sin embargo, de aquel vulgo así congregado es de quien leemos que "los pueblos que le oían no acababan de admirar su doctrina (Matth. VII, 28; XXII, 33) y sus milagros (Matth. IX, 33; XV, 31; Luc. XI, 14); que reconocían su rango elevado, su título de nobleza y exclamaban: "¿Es este acaso el Hijo de David? (Matth. XII, 23); que tendían por el camino sus vestidos cuando hizo su entrada triunfal en Jerusalén (Matth. XXI, 9). Si, ese pueblo, esa plebe, ese populacho, que así se complacían en llamarle los sacerdotes y los fariseos, era á quien aquellos hombres soberbios temían cuando conspiraban contra el Salvador. (Matth. XXI, 26; Luc. XXI, 6). Escrito está, en efecto, que "muchos del pueblo, (*turba*, como se expresa la Vulgata), creyeron en él (Jo. VII, 31), de tal suerte, que los fariseos decían: "¿ha creído en él por ventura alguno de los hombres prominentes de la nación ó de los fariseos? no, sino tan solo esa chusma que ignora la ley; ese pueblo maldito." Palabras amargas, pero muy parecidas á las que se profieren aun en

nuestros días. Los magnates, los fariseos, los hombres que se reputan sabios y lumbreras de la nación, no han reconocido ó seguido públicamente á Jesucristo; el vulgo, el pueblo, los pobres, los que no conocen la Biblia, esos son maldecidos, degradados escarnecidos á causa de su fé. A Nicodemos, que es la sola excepción que se levanta á combatir tan abominable declaración, nos le pintan como "aquel que solo iba de noche á ver al Salvador;" es decir que es un creyente tan en secreto, que hasta sus mismos compañeros llegaron á preguntarle con sorpresa: "¿también tú eres Galileo como él? (Jo. VII, 49-52)." Los hombres del poder suelen á las veces presentarse en la escena, pero es para tentarle, tenderle redes, ó combatir sus palabras (Matth. XVI, 1; XIX, 3; XX, 17); para calumniarle ó insultarle cara á cara (Marc. III, 22.) ó para invitarle á ir á sus casas y allí ver con desprecio su humildad y caridad para con los pecadores arrepentidos (Luc. VII, 39); ó para atisbarle capciosamente al desplegar su poder, lleno de amor, en día Sábado (XV, 1); ó para exigirle, por fin, que haga milagros y burlarse de él en seguida de haberles cumplido su deseo.

No es, por cierto, una multitud de personas finas y bien educadas la que durante tres días estuvo con él en el desierto, sin provisiones ni criados que se las procurasen, sentadas en el césped, para ser allí alimentadas como chiquillos ó como quien mendiga de puerta en puerta. El nos ha dicho: "¿qué es lo que habéis salido á ver en el desierto? ¿á algún hombre lujosamente vestido? Los que vísten con lujo, habitan en palacios regios" (Matth. XI, 8) y no en los desiertos. Si, la multitud que le rodeaba, era una multitud burda y grosera, que le codeaba, que le oprimía por todos lados, hasta el punto de decir sus discípulos que era imposible saber quien le había tocado (Luc. VIII, 35) que le empujaba casi hasta el mar, obligándole á predicar sobre una barca (V, 4), y que hacía descender á sus enfermos por el tejado de una casa para que pudiesen llegar donde él estaba (V, 19).

Tales eran los hombres y las mujeres á quienes Jesucristo enseñó el primer catecismo cristiano. En esta misma clase fué donde escogió sus discípulos y apóstoles,

de una vez á ese niño allí donde solo una educación católica puede colocarle, en el corazón adorable de Jesús, y nada habrá que le separe de él completamente, si no es el endurecimiento en el pecado. Ese corazón será para él un refugio, una fortaleza, un hogar, un remedio, jardín fragante, campo fecundo, camino seguro, paraíso y puerto de salvación. Allí encontrará su oro, su lá'samo, su perfume, su luz, su alimento, su refugio, su consuelo, su gozo en la vida, su esperanza en la muerte.

He dicho.

Con el andar del tiempo, se debe haber en la vida una gran calma, si no es de su parte, de esa calma divina que en cada instante de la existencia se revela y trae consigo nuevas fortalezas, de los que uno solo basta para restablecer el equilibrio. Pero cuando esto pasa por la primera vez, debe haber una calma en el alma de la salud, esa calma que aparece cuando se empieza a usar un instrumento de sus misteriosos efectos, durante el todo el instrumental de sus misteriosos efectos, en el momento que en su corazón se abren las grandes puertas que se han abierto en el largo tiempo de su existencia. Pero, ¿qué dice la ciencia acerca de la posibilidad de un pobre niño? ¿Es posible que no la obtuviese vosotros mismos? ¿Es posible para los niños pobres, dada la situación de la familia? ¿Cuan dichoso me juzgare al terminar un discurso, cuando en los labios de cada uno de vosotros se oían palabras que con tanta fuerza me hablaban para la educación de los niños pobres de vuestras escuelas; yo tomé á mi cargo un niño pobre por todo este tiempo, cuando me fuere dado el sacrificio, yo daré á cada uno de vosotros un niño que sea especialmente para él.

Y así un día este niño llegó á cruzarse al lado del pobre pastor, como lo haré yo, como lo haré yo. Primero sobre su corazón y después sobre sus hombros. Puesto que primero se vea perdonado y después sostenido. Y en donde está la misericordia que perdona, en donde la bondad que hace copiar nuevos hijos en su corazón amante y omnipotente. El colorido

Arenga leida por el Rev. P. F. Angel de los D. Tiscareño con motivo de la posesión canónica que, del Obispado de Zacatecas, tomó el Ilmo. y Rmo. Sr. D. F. José Guadalupe de J. Alba el día 8 de Marzo de 1900.

Ilmo. y Rmo. Señor:

Hoy vengo en nombre de la V. Comunidad de Guadalupe y en mi propio nombre á dar á V. S. Ilma. y Rma. los más cumplidos plácemes y la más cordial y afectuosa bienvenida por vuestra exaltación á la Silla episcopal de Zactaecas, á donde por disposición divina y de la Santa Sede, no sin consultar previamente vuestra voluntad, habéis sido trasladado de la antigua y honorable diócesis de Yucatán.

Nadie ignora ciertamente que, en el ejercicio del ministerio eclesiástico, las sillas menores suelen servir como de noviciado para ascender á las mayores. Para mí tengo que ninguna silla hay mayor como no sea la Silla de S. Pedro, midiendo la elevación ó magnitud de las otras en proporción de la soldadura más firme y consisten-

te que las une y en cierto modo las identifica con aquella Cátedra suprema, no menos que de la mayor solicitud que emplear pueden en hacerse el eco fiel de su magisterio.

Yo bien sé, Ilmo. Sr. que por lo que mira á la humana y mundanal grandeza nada os inquieta; ya en el claustro habíais aprendido á menospreciar su quimérica aparien-
cia. Sé así mismo, de toda ciencia y certeza, que no habéis solicitado vuestra translación; lo sé y me complazco de proclamarlo en voz alta. ¡Plegue al cielo conservaros siempre en tan sabia y virtuosa modestia! Empero este mi deseo de vuestra estabilidad personal en el bién no quisiera que tan solo le entendieseis de vuestro interior y espiritual aprovechamiento, sino también del exterior y visible incremento de todo cuanto está en derredor vuestro; puesto que, si el obispo lleva la cruz al pecho es para que, teniéndola siempre á la vista, viva constantemente crucificado, al menos con el deseo, pudiendo decirse de él, lo mismo que del divino Salvador, que ha sido exaltado sobre la tierra para atraerlo todo hácia si en su potestad sublime.

Sugerio, abad de S. Dionisio y regente de Francia había pedido á S. Bernardo consejos para saber morir. El santo abad del Claraval respondió al de S. Dionisio: *Te nudatum vult Deus.* Dios quiere que viváis despojados de las riquezas, los placeres y las grandezas. Quiere Dios veros desprendido, no solamente de las cosas de este mundo perecedero, sino hasta de vos mismo; de vuestro propio espíritu, y de todo aquello que no sea gracia pura, y solo con tales condiciones os vestirá la estola de la inmortalidad.

No de otro modo el M. I. Sr. Vicario capitular, que hoy ha resignado el gobierno de ésta diócesis en vuestras dignas manos, encargaba á los peregrinos zacatecanos al partir para México en el mes de Septiembre último, que "pidieran á nuestra Reina y abogada, María Sma. de Guadalupe, UN OBISPO QUE NO CAMINARA EN POS DEL ORO Y DE LAS RIQUEZAS:) *Te nudatum vult Deus.* Y aunque la Zacatecana Iglesia puede hoy decir lo que de sí mismo afirmaba el Príncipe de los apóstoles, es á saber, que no poseía oro ni plata, puesto que, por voluntad di-

vina, nada posee, como no sea aflicciones, trabajos y dificultades sin cuento, con todo eso; lo que S. Bernardo enseñaba para saber morir, yo juzgo á propósito decíroslo hoy para que sepáis vivir.

La humana flaqueza llega á ser tal que aun á las veces debajo de una mitra venerable, quizá tras de una humilde y olvidada cruz, suele alguien buscarse á sí mismo. Ilmo. Señor, yo soy para vos un viejo amigo, por vuestra bondad; vuestra amistad está ligada á los santos recuerdos del claustro: libreme Dios de ser de aquí en adelante otra cosa que no sea el amigo más franco y desinteresado, al mismo tiempo que el más respetuoso y siempre pronto á sacrificarlo todo por vos.

Si no temiera lastimar vuestra modestia, postrado á vuestros piés os pediría que no os contentéis con llevar tan solo en el pecho esa cruz adorable, sin que verdaderamente os crucifiqueis en ella lleno de abnegación, y que como obispo no dilateis tan solo vuestra fé sin dilatar con ella vuestras entrañas de misericordia y compasión para con nuestra nueva diócesis de Zacatecas, que tanto tiempo ha gemido en el desamparo considerándose casi sin pastor.

Ilmo. Sr., ¡sed desde hoy nuestro padre! He dicho mal; ¡sed nuestra madre!... Todavía no he expresado lo que quiero: ¡sed nuestro Cristo!... ¡Crucificaos! Solo á este precio seréis un santo obispo, siendo á la vez para todos nosotros, sacerdotes y fieles, inagotable receptáculo de santidad.

He dicho.

Nota.—Imprimiase esta arenga por mandato expreso del Ilmo. Sr. D. Fr. José Guadalupe de Jesús Alba y Franco, IV Obispo de Zacatecas, comunicado hoy, 26 de Junio de 1900.

es decir, entre los pobres, los iliteratos, los débiles y para poco, los humildes y despreciados de todos. A los pobres fué á quien anunció su Evangelio (Matth. XI, 5.)

Una de esas muchedumbres fué de la que se dijo en el Evangelio "que le presentaba unos niños para que los tocara," (Marc. X, 13) y cuando los discípulos reñían á los padres de tales niños ¿qué fué lo que el Salvador les dijo? "dejad que vengan á mí los niños y no se lo estorbéis." Mas no se contentaba con hacer lo que le pedía aquel pobre pueblo. S. Marcos nos dice que fué más lejos, pues que "estrechándoles entre sus brazos, y poniendo sobre ellos las manos, les bendecía. (16) Aún más expresivo fué cuando quiso establecer ante sus apóstoles y discípulos, ante sus pescadores, barqueros y publicanos, un tipo de perfección y una imágen de los que debían entrar en su Iglesia, "llamando á sí á un niño, le colocó en medio de ellos," (Matth. XVIII, 2) ¿Y qué clase de niño? No envió á escogerle, sino que echa mano del que está más cerca, el hijo de un pobre, un hijo del pueblo, un plebeyo rudo y vulgar.

Ya que quería mostrarles á quien debían parecerse los que quisiesen entrar en el reino del cielo, ¿no sería duro y hasta injurioso que colocara en medio á un niño tal, que para ellos fuera tan difícil parecersele como le es al camello pasar por el ojo de una aguja? ¿un niño rosagante y robusto, rebosando salud; fino, delicado y ricamente vestido, tipo, en fin de la prosperidad terrena, de la constante dicha? ¡Ay! habrían podido responder, nosotros jamás podremos parecernos á ese niño! Debemos pues figurarnos un chiquillo cogido entre la multitud que seguía y admiraba habitualmente á Jesús, un muchachito pálido demacrado, enfermizo, desaliñado, pobremente vestido, andrajoso quizá, descalzo y sin sombrero; un niño en quien los pobres no advirtiesen cosa que no fuese exteriormente semejante á ellos, nada que pudiera mortificarles ó humillarles, nada que les diferenciase de ellos mismos, si ya no es la inocencia y el candor de la primera edad; solo así comprenderemos la belleza perfecta de este detalle en la vida de nuestro Señor y lo sublime de esta lección.

¿Cómo trata Jesús á este pobrecito niño, recogido en la calle ó en alguna plaza? ¿Conténtase con llamarle, tal vez con imperio y autoridad, y colocarle pintándosele en el semblante ya el terror, ya el descaro, en medio de sus discípulos para hacerle asunto de una lección, cual si fuese un maniquí ó un autómatas? Seguramente no. Escuchemos una vez más á S. Marcos: "y cogiendo á un niño:" *cogiéndole* ¿lo entendeis? sin avergonzarse de estrecharle entre sus brazos y acariciarle, "y cogiendo á un niño, le colocó en medio de ellos, diciendo: cualquiera que acogiere á un pequeño de estos, á mí mismo me acoge" Teniendo, pues, en los brazos á aquel niño pobre y desechado, fué cuando pronunció aquellas palabras de bondad, aquella frase que ha llegado á ser como la divisa de la caridad en nuestros días. Pero no consiste en esto el misterio de aquel acto, porque él encierra todo el plan y el principio de la educación católica.

Jesús abrazó á aquel muchachito, representante suyo en la tierra, es decir, que le estrechó sobre su corazón palpitante, lleno de vida y ardor; sobre aquel corazón en que cada latido envía la salud y la vida eterna al cuerpo de la Iglesia entera; sobre aquel corazón que, á la manera de amorosos dardos, lanza con fuerza irresistible, hasta las extremidades del mundo, el precio de la Redención. Ciertamente que para el anciano Simeón fué una distinción preciosa, merecida por su larga vida, toda llena de esperanza y de oración, la de poder tomar en sus brazos al Salvador cuando niño, y á quien nada podía dar. ¡Qué fortuna, pues, la de aquel pobre niño de verse entre los brazos del Salvador, que podía darle todo! Pero no basta. Aquella pobre y cautiva criatura ha ocupado, primero que S. Juan, el mejor lugar, el de honor y de amor, lugar muy superior sin duda al que la madre de S. Juan había tenido el atrevimiento de solicitar, con aquella presunción propia de las madres, deseando que su hijo tomara asiento á la mano derecha ó á la izquierda de Jesús. Cuando él desoía tal solicitud, reservaba algo más á S. Juan, reservábale la dicha de reclinarse sobre su pecho glorioso, tabernáculo de su corazón que se inmolvaba por los hombres.

Pues el niño pobre ha llegado hasta allí, se ha detenido allí, aun antes que el discípulo amado, y de tan cariñoso y estrecho abrazo, salió enaltecido, cual solo el contacto de aquel adorable corazón puede enaltecer, á la dignidad de ahijado, de hijo según Dios, del buen Jesús. Era esa una consecuencia hasta tal punto necesaria, que en la Iglesia primitiva se creía generalmente que aquel niño escogido sería más tarde el ilustre obispo y mártir S. Ignacio, quien por su amor ferviente se parecía á S. Juan más que los otros santos del primer siglo.

Mas, como acabamos de decir, en este suave incidente de la vida de nuestro Redentor tenemos toda la teoría de la educación católica.

Escuchemos desde luego las palabras de santa enseñanza del Salvador. "Todo aquel que en mi nombre diere acogida favorable á algún niño semejante á éste, es como si me recibiese á mí mismo." ¡Cuán fácil es, pues, recibir á Jesús! ¡Cuán fácil, sobre todo, en esta ciudad de Zacatecas! ¡Venid! no teneis necesidad de tomar dos juntos un solo niño. Nuestro Señor os invita á recibir uno á cada cual, para que goceis el privilegio de recibirle á él mismo. Tenemos tantos en nuestra asociación que necesitan que los recibáis. ¡Venid en número de mil, de dos mil, de cinco mil, oh ricos, oh poderosos, oh miembros de las altas clases sociales! venid, y no faltarán niños á quienes podáis socorrer. Tenemos uno por lo menos para cada cual de vosotros en las callejuelas de los barrios, en las inmundas alcaicerías donde habitan las familias pobres confusamente amontonadas, y en esas chozas miserables de los últimos arrabales, oprobio de la opulenta Zacatecas. Y ¿cómo recibiréis á esos tiernos embajadores de vuestro Señor, á esas tiernas y delicadas imágenes del Dios encarnado? ¿Seréis severos y duros, altivos y orgullosos para con ellos? ¿Os causan repugnancia por lo grasiento de sus harapos, lo tosco de sus modales ó lo inculto de su inteligencia? ¿O por el contrario ¿seriais bondadosos y benévolos, generosos y amables en vuestra conducta para con ellos? ¿los abrigaréis al calor de vuestro corazón cristiano dejándoles reclinar sobre vuestro pecho? Por

lo menos así les trataba Jesucristo, cuando él les recibía y os pedía á vosotros que les recibieseis.

En vuestro amor hácia el Salvador, preguntareis-me acaso, señores, ¿Cómo podréis vosotros hacer lo que El hacía? Es muy fácil y sencillo. Cada niño á quien asegureis una educación católica, será por vosotros conducido al corazón de Nuestro Señor y educado, por lo mismo, junto á ese divino corazón. Las ciencias y las letras, cuando se inculquen en su entendimiento, podrán sin duda ser como dos palancas poderosas que levanten al niño sobre lo terreno de sus pensamientos rastreros; pero las verdades morales y religiosas ponen el sello de Jesucristo sobre toda otra enseñanza; ese sello es la presión de su corazón sagrado, más duro y reluciente que el diamante sobre el corazón del niño, que parece entonces de blanda cera; por esta santa presión, ambos corazones se estrechan, uniéndose entre sí. Las gracias infinitas del uno se respiran como primer haliento del hombre y despierta aquella jóven inteligencia derramando en ella los sentimientos que fluyen de la viva fuente de un amor que redime.

Porque decidme ¿qué hay en el corazón de Jesús que no os contemplárais dichosos de poder transfundirlo en el corazón de un niño, aunque llegara á parecer que era como vaciar en un vaso de tierra, lo contenido en un vaso de oro? ¿No enriqueceriais de buena gana aquel corazón tierno con un reflejo de su dulzura, de su bondad, de su paciencia, de su humildad, de su caridad, de su afectuosa ternura, de su pureza, de su inocencia, de su santidad? ¿Y en donde encontraremos todas estas virtudes? El nos ha dicho: "aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón." (Matth. XI, 12) Si en su corazón se encierra el tesoro de su humildad, si su corazón es la escuela donde se enseña la dulzura, allí tambien residen las otras virtudes que quereis infundir en el corazón de los niños, esa es la escuela á donde debéis conducirles; porque "tambien allí donde está su tesoro, estará su corazón." (Luc. XXI, 34) Ya de tiempo atrás, aquel que proclamaba la sabiduría eterna, había dicho: "aplica tu ánimo al estudio de la prudencia." Si en-

trare la sabiduría en tu corazón, el buen consejo será tu salvaguardia librándote de todo mal camino; podrás entrar en las sendas de los justos y seguir los pasos de los santos" [Prov. II-12]. Si, pues, el tesoro de todas las virtudes se encuentra en el corazón de Jesús, allí es necesario apresurarnos á henchir los corazones de los niños. Si, para caminar por esa senda, de la cual ni el joven ni el anciano deben nunca apartarse, se necesita que la sabiduría increada haga oír sus lecciones al corazón del niño, de fijo que la protección de su educación consiste en que, con la mayor estrechura, se le ponga en contacto con el corazón adorable de Jesús, y ved aquí lo que desean nuestras guadalupanas asociaciones, ved aquí los esfuerzos que hacen para lograrlo.

Si, señores, si antes dijimos que no temáis recostar en vuestro corazón á los hijos de los pobres, como Jesucristo os ha enseñado á hacerlo, ahora os decimos algo más excelente, á saber, que debéis guiarles hasta introducirles en su amoroso corazón. En el instruidles, en él dadles vida y calor, en el empapad sus pensamientos, en él esconded sus corazones, y entonces habréis hecho algo más que recibirles en su nombre, puesto que les habéis llevado en vuestros brazos únicamente para colocarles en los suyos; y á más de vuestro abrazo, habréis obtenido para ellos el abrazo del Salvador.

Y ahora, señores, ¿no os parece extraño que os propongamos cambiéis vuestras riquezas por almas inmortales? ¿No os parece que profanamos ese abrazo del Salvador, de que acabamos de hablar, asegurando que puede obtenerse á trueque de materia tan vil? Y sin embargo, así es. Es literalmente un negocio de puro cálculo; se trata de averiguar cuánto basta para dar en Zacatecas á cada niño, espiritualmente desprovisto y moralmente desamparado en este mundo, el privilegio completo de una santa educación. Una suma insignificante, pequeñísima, menor que una parte de lo que cuesta el placer, menor que lo que puede gastarse en una excursión; en un viaje á París ó á los Estados Unidos para ir á admirar torres de viento y exposiciones frívolas; menor que el precio de un aderezo de brillantes y aun menor que el

de un simple brazalete de similar; menor quizá que lo que puede valer un modesto ramo de *no-me-olvides*, de *pensamientos* ó *violetas*, y hasta menor que el precio á que puede subir en una jamaica una simple florecilla ofrecida con coquetismo y aceptada por galantéo. Una cantidad pequeñísima dada cada año, cada mes, cada semana para esta obra caritativa, arrancaría un niño á la corrupción callejera y á la espeluznante pereza que vive de asiento al lado de la miseria, y daría á cada uno de vosotros un niño que os representara á Jesucristo, quien le colocaría en su corazón adorable para educarle.

Con el andar del tiempo ¿de dónde habrán de fluir las aguas de la vida eterna, si no es de su fuente, de ese corazón divino, que, en cada latido que dió durante treinta y tres años, hacía brotar nuevos raudales, de los que uno solo habría bastado para rescatar mil mundos? ¡Oh! cuando este niño por la primera vez beba á grandes sorbos, en el caliz de la salud, esa sangre que purifica; cuando Jesús, pagando con usura sus místicos abrazos terrenos, derrame en él todo el manantial de sus misericordias en un contacto más íntimo con su corazón anhelante, que ha largo tiempo suspirado por esa hora del abrazo sacramental ¿sería posible que os resistieseis á proporcionar tanta felicidad á un pobre niño? Pero ¿qué digo? ¿será posible que no la obtuvieseis vosotros mismos? ¡Ah! dad limosna para los niños pobres; dadla alegremente y sin murmurar. ¡Cuán dichoso me juzgaría si, al terminar mi discurso, pudiera oír de los labios de cada uno de vosotros estas palabras: "yo contribuiré con tanto cada mes para la educación de los niños pobres de vuestras escuelas; yo tomaré á mi cargo un niño pobre por todo este año; aunque me cueste algún sacrificio, yo daré á abrazar á mi Salvador á un niño que sea especialmente mio."

Y si un día este niño llega á extraviarse alejándose del buen pastor ¿cómo le hará volver? ¿cómo le reducirá? Primero sobre su corazón y después sobre sus hombros, puesto que primero se verá perdonado y después sostenido. ¿Y en dónde está la misericordia que perdona, en dónde la bondad que hace cobrar nuevos bríos si no en su corazón amante y omnipotente? Sí, colocad